

## Breve comentario sobre *Los demonios*

Los demonios narra desde un punto de vista más social y psicológico el atentado nihilista acaecido en Moscú a fines de 1869, en que murió un joven estudiante. Dostoievski toma dicho suceso, acometido por una red afín a las ideas de Bakunin y cuyo cabecilla era Nechayev, como punto de partida para una de las cuatro grandes novelas del genio ruso (*Crimen y Castigo*; *El Idiota*; *Los hermanos Karamázov*; *Los Demonios*). Nechayev cuenta además con la colaboración de otros 4 conspiradores, que pretendían sembrar el desconcierto y minar la confianza en las autoridades de la Rusia del XIX.

En los cuadernos de trabajo de Dostoievski para esta obra no se omite el nombre real de los protagonistas de este atentado, aunque en la versión definitiva se modifican. Así tenemos como cabecilla (Nechayev) a Piotr Stepánovich Verhovenski, hijo de Stepan Trofimovich, íntimo amigo de G-h, el narrador de la obra en primera persona. Los colaboradores en este núcleo conspirador son Virginski, Liputin y Liamshin, y en otro orden de importancia Aleksei Nylich (Kirillov), suicida por voluntad propia y no por tener motivos que le lancen en tan terrible determinación (*Sólo si me mato soy Dios*). Breve diálogo entre Kirillov y el que hace las veces de narrador:

- *¿Es que no hay modos de morir sin dolor?*
- *Figúrese – dijo parándose ante mí-, figúrese una piedra del tamaño de una casa grande; está suspendida en el vacío y usted debajo de ella; si se le cae encima, en la cabeza, ¿sentirá usted dolor?*
- *¿Una piedra como una casa? Horrible, claro.*
- *No hablo de horror. ¿Le causaría dolor?*
- *¿Una piedra como una montaña, con un peso de millones de libras? Claro que no lo causará.*
- *Pero si está usted debajo de ella mientras está suspendida tendrá miedo de que le cause dolor. Todos tendrán miedo: el mayor sabio del mundo, el mejor médico, todos. Todos sabrán que no causará dolor y todos tendrán miedo de que lo cause.*
- *Bien, ¿y cuál es el segundo motivo, el grande?*
- *El otro mundo.*
- *Es decir, el castigo.*
- *Da lo mismo. El otro mundo, nada más que el otro mundo.*
- *Pero ¿es que no hay ateos que no creen en absoluto en el otro mundo?*  
*Volvió a callar.*
- *¿Usted quizá juzga por sí mismo?*
- *Nadie puede juzgar sino por sí mismo – dijo enrojeciendo-. La libertad completa existirá cuando dé lo mismo vivir que no vivir. Ésa es la meta que todo hombre persigue.*
- *¿La meta? Pero quizá entonces nadie querrá vivir...*
- *Nadie – sentenció sin vacilar.*

- *El hombre teme la muerte porque ama la vida; así es como lo entiendo yo – apunté- y así es como lo ordena la naturaleza.*
- *Eso es ruin y ahí es donde está todo el engaño – dijo con ojos chispeantes-. La vida es dolor, la vida es terror y el hombre es desdichado. Ahora todo es dolor y terror. Ahora el hombre ama la vida porque ama el dolor y el terror, y ahí está todo el engaño. Ahora el hombre no es todavía lo que será. Habrá un hombre nuevo, feliz y orgulloso. A ese hombre le dará lo mismo vivir que no vivir; ése será el hombre nuevo. El que conquistó el dolor y el terror será por ello mismo Dios. Y el otro Dios dejará de serlo.*
- *Entonces, según usted, ¿ese otro Dios existe?*
- *No existe, pero es. En la piedra no hay dolor, pero sí lo hay en el horror a la piedra. Dios es el dolor producido por el horror a la muerte. Quien conquistó el dolor y el horror llegará a ser Dios. Entonces habrá una vida nueva, un hombre nuevo, todo será nuevo... Entonces la historia se dividirá en dos partes: desde el gorila hasta la aniquilación de Dios y desde la aniquilación de Dios hasta...*
- *¿El gorila?*
- *Hasta la transformación física de la tierra y el hombre. El hombre será Dios y se transformará físicamente; y el mundo se transformará, y se transformarán las cosas, y las ideas y todos los sentimientos. ¿Qué piensa usted? ¿Se transformará entonces el hombre físicamente?*
- *Si todo da lo mismo, vivir o no vivir, todos se matarán, y en eso quizá consistirá la transformación.*
- *Da lo mismo. Matarán el engaño. Todo el que quiera la libertad suprema debe tener el atrevimiento de matarse. Quien se atreva a matarse habrá descubierto el secreto del engaño. Más allá de eso no hay libertad; ahí está todo; más allá no hay nada. Quien se atreve a matarse es un dios. Ahora cualquiera puede hacer que no haya Dios y que no haya nada. Pero nadie lo ha hecho hasta ahora.*
- *Ha habido millones de suicidas.*
- *Pero no ha sido por eso; ha sido por terror y no por eso; no ha sido para matar el terror. Quien se mate sólo por eso, para matar el terror, llega en ese instante mismo a ser Dios.*
- *Quizá no tenga tiempo – observé yo.*

La figura de Nikolai Stravogin es una inserción ficticia de Dostoievski, un personaje que incluye en la trama para resaltar el papel de hombre perseguido por atrocidades pasadas, en este caso, el demonio de Matriusha, joven que vivía en el mismo piso que Nikolai durante una estancia anterior en Petersburgo, y que se ahorca por vergüenza (entre otros muchos y complejos sentimientos) con respecto a él. El papel redentor de Dios sobre la vida del hombre, y su misericordia incondicional a perdonar todo tipo de crímenes siempre que haya de por medio arrepentimiento veraz y sufrimiento como expiación de los pecados, es una idea que fascina a lo largo de toda la obra, pero

especialmente en la conversación última que Nikolai Stravogin mantiene con el obispo Tihon, quien sostiene que Dios ama al frío y al cálido, pero desprecia al tibio (palabras del Apocalipsis):

<<14 Y al ángel de la iglesia que está en Laodicea, escribe: Estas cosas dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios:

15 Yo conozco tus obras, que no eres ni frío ni caliente. Quisiera yo que fueras o frío o caliente.

16 Así que, por lo mismo que eres tibio, y ni caliente ni frío, estoy a punto de escupirte de mi boca.

17 Por cuanto tú dices: ¡Rico soy y me he enriquecido, y no tengo necesidad de nada! y no sabes que tú eres un desdichado, y miserable, y pobre, y ciego y desnudo>>.

El tibio es el indiferente, y es por ello el más peligroso a juicio de Dostoievski. El cálido, o caliente, es el que tiene fe en Cristo, y está por tanto más cerca de la salvación. El frío, o ateo, está en el penúltimo escalón de la Salvación. Aquí convendría abrir un pequeño paréntesis para divagar sobre las razones del autor ruso para realizar dicha afirmación, si bien será, por carencias personales, algo simplista. El ateo reconoce a Dios al negarlo, es una idea latente que desprecia, o niega, basándose en razones que están por encima de él, y que les han sido dadas. Por ello supongo que está en el penúltimo escalón de la Salvación, ya que, con el tiempo, y no necesariamente en el lecho de muerte (*Titov dejaba de creer en Dios al amanecer, pero volvía diligentemente a su rebaño apenas caía la noche*) termina entregándose a Él. A propósito de la conversación, ya antes aludida, entre Stravogin y Tihon, cabe señalar los siguientes diálogos:

- *¿Cree usted en Dios? – preguntó Nikolai Vsevolodovich de buenas a primeras.*
- *Sí, creo.*
- *Se ha dicho que si uno tiene fe y manda moverse a una montaña, se moverá... Pero perdone esta tontería. De todos modos, quisiera saber si puede usted o no mover una montaña.*
- *Si Dios lo manda, la moveré – dijo Tihon en voz baja y tranquila, humillando de nuevo los ojos.*
- *Eso es igual que si Dios la moviese. No, usted, usted mismo, como galardón por creer en Dios.*
- *Quizá no la moviera.*
- *¿"Quizá"? Eso no está mal. ¿Por qué duda?*
- *Porque creo imperfectamente.*
- *¿Cómo? ¿Usted cree imperfectamente? ¿No cree por completo?*
- *Bueno... quizá tampoco por completo.*
- *¡Qué me dice! Por lo menos cree que con la ayuda de Dios moverá la montaña, y eso no es poco. Eso es más que el très peu de cierto arzobispo, aunque es verdad que lo dijo bajo la amenaza del sable. Y, por supuesto, usted es cristiano.*

- *No permitas que me avergüence de Tu cruz, ¡oh, Señor! – Tihon casi murmuró las palabras, en un murmullo apasionado e inclinando aún más la cabeza. Las comisuras de los labios empezaron de pronto a temblarle nerviosamente.*
- *¿Pero es posible creer en el demonio sin creer por completo en Dios? – preguntó Stravogin riendo.*
- *Enteramente posible. Ocurre muy a menudo – Tihon levantó la vista y también se sonrió.*
- *Y estoy seguro de que considera esa fe más respetable, en fin de cuentas, que el ateísmo completo... - Stravogin rompió a reír. Tihon volvió a sonreírse.*
- *Al contrario. El ateísmo completo es más respetable que la indiferencia mundana – añadió con candoroso regocijo.*
- *¡Ajá! ¡Conque esas tenemos!*
- *El ateo completo está en el penúltimo escalón para llegar a la fe absoluta (podrá o no llegar al último), mientras que el indiferente no tiene fe alguna salvo un miedo feo.*
- *Hum... ¿ha leído el Apocalipsis?*
- *Lo he leído.*
- *¿Recuerda aquello de “Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea...”?*
- *Lo recuerdo. Palabras fascinantes.*
- *¿Fascinantes? ¡Extraña expresión de un obispo! De veras que es usted un tipo raro... ¿Dónde tiene el libro? – Stravogin se mostraba extrañamente apresurado e inquieto, buscando con la vista el libro en la mesa-. Quiero leerle... ¿tiene la versión rusa?*
- *Conozco el pasaje, lo recuerdo bien – dijo Tihon.*
- *¿Se lo sabe de memoria? Dígalo... Al momento bajó los ojos, apoyó ambas manos en las rodillas e, impaciente, se dispuso a escuchar. Tihon lo recitó al pie de la letra: “Y al ángel de la iglesia que está en Laodicea, escribe: Estas cosas dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios: Yo conozco tus obras, que no eres ni frío ni caliente. Quisiera yo que fueras o frío o caliente. Así que, por lo mismo que eres tibio, y ni caliente ni frío, estoy a punto de vomitarte de mi boca. Por cuanto tú dices: ¡Rico soy y me he enriquecido, y no tengo necesidad de nada! y no sabes que tú eres un desdichado, y miserable, y pobre, y ciego y desnudo...”.*
- *Basta – interrumpió Stravogin-. Eso lo dice por los que están en medio, por los indiferentes, ¿no es verdad? Sepa usted que le amo mucho.*
- *Y yo a usted – replicó Tihon a media voz. Stravogin calló y volvió a sumirse en la ensoñación de antes. Esto le ocurría como una especie de acceso, y ahora por tercera vez. También el “le amo” que había dicho a Tihon había brotado casi de un enajenamiento, al menos como algo que ni él mismo esperaba. Pasó más de un minuto.*
- *No se enfade conmigo – murmuró Tihon tocando ligeramente el codo de Stravogin, como si no se atreviera a hacerlo. Stravogin se estremeció y frunció el ceño.*

- *¿Cómo sabía que estaba enfadado? – preguntó al momento. Tihon estuvo por decir algo, pero Stravogin le interrumpió de improviso con alarma inexplicable: ¿Por qué suponía que tenía necesariamente que enfadarme? Sí, tiene razón, estaba enfadado, y precisamente por haberle dicho “le amo”. Tiene razón, pero es usted un cínico tosco, con una opinión humillante de la naturaleza humana. Es posible que no hubiera habido enfado si se tratase de otro y no de mí... Pero no se trata de ningún otro, sino de mí mismo. En todo caso, es usted un tipo raro y un chiflado...  
Su irritación seguía en aumento y, cosa extraña, no se cuidaba de lo que decía.*
- *Escuche. No me gustan ni los espías ni los psicólogos, al menos los que bucean en mi alma. No invito a nadie a entrar en mi alma, no necesito a nadie y puedo arreglármelas solo. ¿Cree usted que le temo? – alzó la voz y le miró con gesto de desafío -. Usted tiene el pleno convencimiento de que he venido a revelarles algún secreto “horrible” y lo espera con toda la curiosidad monacal de que es capaz. Pero sepa que no le revelaré ningún secreto, porque no necesito de usted para nada.  
Tihon le miró fijamente.*
- *A usted le sorprende que el ángel ame más al frío que al tibio – dijo-. Usted no quiere ser solamente tibio. Tengo el presentimiento de que está usted luchando con un propósito extraordinario, acaso terrible. Si es así, le imploro que no se atormente y que diga todo lo que ha venido a decir.*

En este primer diálogo aparece la idea que se ha comentado anteriormente, es decir, la de Dios amando más al caliente y al frío que al tibio; y también la intuición, a falta de otra palabra, ya que, si creemos imperfectamente, no podemos menos que opinar también de la misma manera, de que el ateo está en el penúltimo escalón de la fe y, por tanto, de la Salvación.

En este segundo diálogo aparecen otros matices que se subrayarán en rojo para su posterior comentario.

- *¿Conque se halla algo ridículo en la forma misma, en el estilo? – insistió Stravogin.*
- *Y también en el fondo. La fealdad lo anulará – murmuró Tihon bajando de nuevo los ojos.*
- *¿Fealdad? ¿Qué fealdad?*
- *La de sus delitos. Hay delitos verdaderamente feos. En los delitos, cualesquiera que sean, cuanta más sangre, cuanto más horror haya, tanto más impresionantes y, por así decirlo, más pintorescos son. Pero hay delitos vergonzosos, infames, con independencia de todo horror; hasta un poco inelegantes, cabría decir... \_Tihon no acabó la frase.*
- *En fin – interrumpió Stravogin agitado-, que usted encuentra sumamente ridículo que besase las piernas de una muchacha mugrienta (Matriusha)..., sin omitir cuanto dije de mi temperamento y... , bueno, todo lo demás. Comprendo.*

*Lo comprendo perfectamente. Y por eso precisamente es por lo que pierde usted toda esperanza en mí: porque eso es feo, repugnante..., repugnante no, más bien vergonzoso, ridículo. Y usted cree que eso es lo que menos podré sobrellevar. Tihon guardó silencio.*

- *Sí, conoce usted bien a la gente. Sabe que no lo sobrellevaré... Comprendo ahora por qué me preguntó si la señorita de Suiza estaba aquí.*
- *No está usted preparado, no está lo bastante endurecido – Tihon susurró tímidamente bajando la vista.*
- *Escuche, padre Tihon. Yo quiero perdonarme a mí mismo. ¡Ése es mi objetivo principal, todo mi objeto! – dijo de pronto Stravogin, con una exaltación sombría en los ojos-. Sé que solo entonces desaparecerá la visión. He aquí por qué lo busco yo mismo. No me asuste.*
- *Si cree que puede perdonarse a sí mismo y obtener ese perdón en este mundo ¡entonces ya cree usted absolutamente en todo! – Tihon exclamó extático-. ¿Por qué dijo que no creía en Dios? Stravogin no contestó.*
- *Dios le perdonará por su incredulidad, porque usted respeta al Espíritu Santo sin conocerlo.*
- *A propósito, Cristo perdonará también, ¿verdad? – preguntó Stravogin; en el tono de la pregunta se notaba un deje de ironía-. Porque en el Libro se dice: <<Y cualquiera que escandalizare a uno de estos pequeños...>>, ¿recuerda? Según el evangelio no hay mayor crimen que ése. ¡Ahí está, en este libro! – agregó señalando el Nuevo Testamento.*
- *En cuanto a eso le daré una nueva gozosa – contestó Tihon conmovido-. También Cristo le perdonará con tal que consiga usted perdonarse a sí mismo... ¡Oh, no, no! ¡No crea que blasfemo! Aun si no consigue reconciliarse consigo mismo y perdonarse a sí mismo, Él también le perdonará por su buena intención y su gran sufrimiento. Pues no hay palabras en el lenguaje humano ni pensamientos en la mente para expresar todos los caminos y designios del Cordero “hasta que sus propósitos nos sean revelados”. ¿Quién puede abarcar al Inabarcable? ¿Quién puede comprender al Incomprensible?*

En cuanto a la declaración, sorprendente para el propio Stravogin, de que lo que anhela es el perdón de sí mismo, cabe decir que en ello se ve una señal inequívoca de la conciencia cristiana, del reconocimiento de los propios pecados y la voluntad de expiarlos. Sólo entonces habrá lugar para el perdón, y con ello alejar el sentimiento de culpabilidad (en este caso, el demonio, es decir, la visión *infern*al de Matriusha que atormenta desde hace mucho tiempo a Stravogin).

La contestación de Tihon constituye el núcleo, la síntesis de la idea que ha aparecido antes, bajo nuestro particular punto de vista: El ateo (frío), que es amado por Dios, porque está solo a un paso de la fe. Stravogin da ese paso, y Tihon no puede más que alegrarse por que la oveja descarriada encuentre el sendero conducente al rebaño.

En el último párrafo, Tihon expresa la infinita misericordia de Dios, dispuesto a perdonar siempre que el arrepentimiento sea sincero y haya predisposición al sufrimiento como medida redentora para expiar los pecados. Al final da, incluso, razones *definitivas* para desterrar todo resquicio de ateísmo que pueda tener cabida aún en el ánimo de Stravogin: ¿Quién puede comprender al Incomprensible? Nadie, ya que la propia palabra exige de cualquier tipo de reflexión al respecto, e incluso divagar sobre la autoridad, a falta de una palabra mejor, con que se plantea y discute sobre este tema.

Por último, quisiéramos también destacar que este libro, en cuanto a valores sociales e incluso políticos, es bastante representativo de las ideas de Dostoievski, eslavófilo confeso, en contraposición a las nuevas ideas revolucionarias de Occidente. Dostoievski creía con sinceridad en el papel redentor de Rusia, de la religiosidad sincera y profunda del pueblo ruso; frente a las ideas liberales, corruptas e incluso sacrílegas, por lo permisivas, que provienen de Europa. Durante toda la obra deja detalles y pinceladas de su animadversión hacia los personajes que se educan en el extranjero como marca clara de este desprecio por lo europeo, y especialmente feroz es su ataque a Turgenev, personalizado en el personaje de Zarmazinov, durante la lectura, en una matinée literaria, de su *Merci*, que constituye prácticamente una copia de la obra del escritor ruso, *Assez*.